

sustituído por un presidente sin respetabilidad. Huid de esas utopías vagas y sangrientas, como las esperanzas de la desesperación, y que, en política, conducen al mando de los más, y no de los mejores; en sociedad, á la disolución de la familia; en religion, al ateísmo; en economía, á la supresion de la propiedad personal, en todo, por todo, y para todo, al desórden, á la anarquía, al caos.

ARTICULO V.

I. Más contrincantes.—II. Satisfacciones.—III. La ciencia económica se ha formado de principios de otras.—IV. La antigüedad no ha conocido la economía política como ciencia especial.—V. La economía, en lo que no toma de las otras ciencias, es un empirismo.—VI. Criterio moderado aplicado á la economía política.—VII. De qué ciencias ha tomado la economía sus principios.—VIII. Economistas y poetas.

I.

MÁS CONTRINCANTES.

Si no fuera porque yo soy como cierta señora que convertía sus pesares en un ídolo, y de este modo adoraba sus propias penas, sufriría mucho con la polémica en que me hallo empeñado con la democrácia.

Un día el Sr. Canalejas me dirige un ataque kantiano, que me causa el dolor de no poderlo entender; otro el señor Bernal me abruma con todas las razones de los enciclopedistas; y me dá el mal rato de recordarme las indigestiones que estos señores me han producido en mi juven-

tud; despues el Sr. Castelar nos recita unas homilias, exorcizándonos con un hisopo que ha humedecido sin duda en el lodo de las calles, y nos obliga á volverle la espalda, porque con sus asperges no nos maneje la *camisa limpia*; y por último, el Sr. Rodriguez, aunque con la forma más cortés, no nos ataca en la *honra*, pero nos llama *ignorantes*.

Empezaremos por el Sr. Rodriguez, y sucesivamente iremos contestando á todos *hasta* el Sr. Castelar.

II.

SATISFACCIONES.

Comienza el Sr. Rodriguez haciendo la honrosa salvagedad siguiente:

«En mi carta publicada en *La Discusion*, apareció por error de imprenta, la palabra *tontada* en lugar de *bontade* (capricho) que empleaba yo con el adjetivo *humorística* para calificar *El Personalismo*. Retiro dicha palabra, que creo mal sonante, aun despues de haber visto aplicada á las observaciones de mi carta la calificacion de *necedades sin gracia*, que suena peor todavia. Yo nunca puedo decir ciertas cosas, mientras mi razon no esté ofuscada, y mucho ménos en polémicas científicas, y á personas que aprecio y respeto particularmente, por más que disienta de sus opiniones.»

Yo seré vencido con seguridad por el Sr. Rodriguez en cuestiones científicas, pero nunca me vencerá nadie en el terreno de la generosidad. Por eso pido perdon al Sr. Ro-

driguez por mi réplica, que, hasta ahora, no me habia parecido más que un poco demasiado viváz; y, en consecuencia, remito al Sr. Rodriguez con este artículo un apretón de manos *mental*, y continuemos riñendo como los mejores amigos del mundo, y sin más ódio que el que inspira el error. Protesto que al desenvainar la espada para defender al partido moderado, á ese hijo legítimo del consórcio del órden y de la libertad, no he obedecido á más sentimiento que al de un puro amor á la verdad; y tan es esto así, que si mi causa no es la de la razon, ¡maldita sea en lo porvenir, como bendita ha sido en lo pasado!

«He ido, sigue el Sr. Rodriguez, al terreno mismo en que su iniciador se colocaba, y *al negarse ahora á discutir conmigo*, no puedo decir que rehusa seguirme, sino que abandona el terreno en que estaba situado, y donde yo habia entrado á combatirle.»

Confieso que entro con repugnancia en esta cuestion, pero lo hago por una sola vez con el objeto de probar al Sr. Rodriguez que yo me *honraré* siempre midiendo mis armas con las suyas, mucho mejor templadas que las mias, á pesar de que preferiria, como decia un general enemigo al sentar á su lado en la mesa á otro general enemigo suyo, pero muy valiente:—«á mi lado os quisiera yo siempre, y no enfrente.»

III.

LA CIENCIA ECONÓMICA SE HA FORMADO CON PRINCIPIOS DE OTRAS.

Pero el Sr. Rodriguez no quiere estar á mi lado, y continúa arrojándome proyectiles como este desde la fortaleza de enfrente:

«Mi intervencion en esa polémica, no puede tampoco considerarse como inoportuna, porque el señor de Campoamor «no entienda ni quiera entender de economía política y desprecie esta ciencia.» Yo no podia adivinar estas circunstancias, principalmente la segunda, cuando le veia en su primer artículo entrar en el terreno *económico* y aplicar el criterio, que llama moderado, á la cuestion de *libertad de comercio*, con el tono dogmático y el aire de superioridad que recordarán mis lectores.»

Siento mucho que la fatalidad de mi estilo me arrastre contra mi voluntad á parecer dogmático, y particularmente cuando me dirijo á personas á quienes respeto tanto como al Sr. Rodriguez.

Pero sin duda ese *desprecio*, ó por mejor decir, ese *de-precio* que tengo por la economía política, me ha llevado más lejos de lo que yo quisiera, y ruego al Sr. Rodriguez que me disimule si alguna vez, al volver á ocuparme de este asunto, me ciega la ira, pues como para mí es una verdad de dignidad humana—«el que los productos son para los hombres»—no puedo oír con calma el que los economistas quieran convencerme—«de que los hombres son para los productos.»

«¿Será preciso, sigue el Sr. Rodriguez, que recuerde que la *economía política* tiene por objeto de sus investigaciones al *hombre*, en uno de sus aspectos fundamentales, el de la *actividad*?»

¿Es posible? pues yo creia, y sigo creyendo todavía, que el hombre, *actuando*, unas veces hace moral, otras política, otras administracion, pero nunca economía.

Y sigue el Sr. Rodriguez:—«¿Será preciso que recuerde que toda *manifestacion*, que todo acto de libertad humana, es un acto económico?»

¿Con que el acto de salir á tomar el sol, ya no es una simple regla de higiene, sino que es un *acto económico*? Este descubrimiento seguramente sorprenderá á los holga-

zanes de todos los países, que, con sólo usar de su libertad, así como Ovidio hacia versos sin querer, ellos hacen economía política sin saberlo.

Y continúa el Sr. Rodriguez:—«¿Será preciso que recuerde que las leyes de este orden son las relaciones naturales y necesarias que hay entre los hombres, en cuanto á la aplicacion que estos hacen de su actividad para la satisfaccion de las necesidades de su existencia?»

Aquí el Sr. Rodriguez por vestir á la economía, desnuda completamente á la administracion y á la política.

Y continúa diciendo:—«¿Será preciso que recuerde que esas necesidades no son únicamente las del orden *físico*, sino tambien las del orden *moral é intelectual*?»

Aquí, despues de adornar la economía política con el mandil del disector, concluye el Sr. Rodriguez coronándola con el birrete de doctor y el traje talar del sacerdote. ¿Y para construir la ciencia del *modo de conducir fardos*, hemos de consentir que se entre á saco de esa manera la ética y la filosofía trascendental?

Lo siento mucho; pero por más que diga el Sr. Rodriguez—«que sólo los *ignorantes* niegan á la ciencia económica *bases absolutas y leyes generales* como las tienen todas las ciencias,»—insisto en mi *ignorancia* de creer que todo lo que hay de *absoluto y general* en la economía política es un *robo*, y sólo le es *propio* lo fenomenal, lo variable, lo contingente. Los buhoneros, esos economistas rutinarios, pero sinceros, tienen en sus complicadísimos problemas que nacen de la compra y venta, una sólo ley general á qué atenerse, y esta es la de rendir culto al *dios del azar*.

IV.

LA ANTIGUEDAD NO HA CONOCIDO LA ECONOMÍA POLÍTICA
COMO CIENCIA ESPECIAL.

—«Imposible parece, sigue el Sr. Rodriguez, pero es una exacta, una dolorosa verdad. Y ese escarnio de la economía política se hace por una persona que representa hoy en el terreno científico, en un debate solemne, al partido moderado; por una persona de alta posición literaria, de alta posición política, que ha mandado provincias y ha resuelto en ellas cien veces cuestiones económicas; que ha venido á las Cortes como diputado, y ha discutido y votado leyes económicas; por una persona á quien el país ha confiado alguna vez sus destinos, á quien acaso mañana, por las vicisitudes de la política, los confiará por entero, y que tendrá que resolver de nuevo cuestiones económicas, y las resolverá *desconociéndolas y despreciándolas*; porque yo no creo, ni es posible creer que el Sr. Campoamor desprecie la *teoría* sin extender su desprecio á la *práctica*, ni que su aristocrático talento, que no quiere mancharse con el contacto de los *horteras* de la inteligencia, cuando de estudiar leyes científicas se trata, olvide su pulero desden, para imitar lo que esos *horteras* hacen, cuando llega la ocasión, no ya de estudiar, sino de ocupar altas posiciones sociales.»

¡Sábía Atenas, rica Fenicia, poderosa Cartago, prepotentísima Roma, terrible Venecia, elegante Génova! ¿Cómo os habeis atrevido á ser gloriosas, felices y potentes, sin haber conocido más ciencia de las riquezas. que la *Cremitica* de Aristóteles, y esto tal vez sin haberla conocido

siquiera? ¿Es posible que hayais resuelto el gran problema de apropiarse lo que hay de más atractivo para nuestras necesidades en este globo terráqueo, por medio de la ciencia, de las armas, del comercio y de la industria, sin haber tenido á la vista ni un sólo tratado de economía pública aunque estuviese fundado en las mismas bases del libro de la economía doméstica de Jenofonte?

¿Qué piden esos pueblos que se han insurreccionado desde el principio del mundo? Las reducciones de los impuestos y la distribución equitativa de los productos del trabajo. ¡Ah! ¿con que es decir que antes de nacer la economía política, ya los pueblos sabían que su miseria nacía de la desigualdad de las cargas, de la distribución viciosa de los productos del trabajo, del predominio de algunas clases astutas en poner sus abusos bajo la protección de las leyes, y de la existencia de ciertas clases devoradoras que se proponían vivir á espensas de otras clases devoradas? ¿Con que siempre ha sido una ciencia de hecho la de fomentar la riqueza, establecer el orden de su distribución y la economía en la abundancia? Pues si la *práctica* comenzó en Adán, y la *teoría* no empezó hasta Quesnay, ¿me quiere el Sr. Rodriguez decir con qué ha venido la teoría á enriquecer á la práctica?

V.

LA ECONOMÍA EN LO QUE NO TOMA DE LAS OTRAS CIENCIAS,
ES UN EMPIRISMO.

—«¿Qué criterio, me pregunta el Sr. Rodriguez, ha tenido entonces el Sr. Campoamor para resolver las cuestiones de

orden económico que se le habrán presentado en su vida pública, en esos altísimos cargos que fueron confiados á su inteligencia y á su celo?»

Preguntó una vez cierto fumador á una inglesa:— «¿La incomoda á Vd. el humo del tabaco?»—Y la dama contestó:—«No lo sé.» Y es que nadie había fumado jamás en su presencia. Eso mismo me ha pasado á mí con las cuestiones del orden económico: nunca se me ha presentado ninguna. Todas han sido cuestiones políticas que he resuelto con equidad; morales, que resolví con justicia; ó administrativas, á las cuales he dado solución según la ley. El olor de ese humo de tabaco de la economía política, ignoro si me incomoda, porque jamás lo he percibido.

«Pues esa es la ciencia, continúa el Sr. Rodriguez, que el Sr. Campoamor llama *materiología*; la que tiene por objeto el *cuenta-hilos*. Una ciencia que se ocupa de *el hombre*; y nada más que de *el hombre* (por supuesto de *el hombre considerado como cosa*); que abraza todas, absolutamente todas las manifestaciones de la libertad humana (*aplicada á las cosas*); que estudia los fenómenos sociales en cuanto son resultados de la actividad (*empleada en las cosas*). Esa es la ciencia calificada en pleno siglo décimonono, á la faz de la Europa culta, de *bestia como un hecho*, y despreciada y escarnecida por un escritor que de filósofo se precia, en el mismo momento en que se ocupa de discutir *cuál es el criterio más racional* para la resolución de *todas las cuestiones de interés público.*»

Ese hereje, que no sólo no cree, sino que reniega de toda iglesia economista, soy yo. Yo, que me niego absolutamente á dar la patente de sábio á ninguno de esos que, cargándose sobre la memoria un costal de *hechos*, juzgan que son poseedores de una carga de *principios*. Yo, que no quiero que se admita á los economistas, con el pretexto de que han hecho dos ó tres observaciones empíricas, á la mesa del festín de la vida, donde el único manjar es el

pan de la inteligencia. Yo, que me avergüenzo de que haya filósofos *sociales*, que sólo consideren al hombre como una máquina de *producir* riqueza, y á la mujer como otra máquina, sin duda buena para *distribuirla*. Yo, que no puedo ver que haya escritores que sólo consideren la parte corpórea de nuestra naturaleza humana, suprimiendo por completo la *parte moral*, y que cuando se elevan al estudio de la parte anímica, crean un espiritualismo tan espeso que casi se puede *cortar con un cuchillo*. Yo, en fin, que, como Enrique Colman, cuando un hombre me hace la apología de las coles y de los frutos que sirven para *comer*, y me pregunta de qué sirven las flores y los árboles de *recreo*, siempre es mi primer impulso, y no está en mi mano el remediarlo, el considerar la *magnitud de sus orejas*.

VI.

CRITERIO MODERADO APLICADO Á LA ECONOMÍA POLÍTICA.

Arrastrado por sus generosos sentimientos, concluye el Sr. Rodriguez diciendo:—«Pero antes de concluir, dejaré otra vez hablar á mi alma, y llevado de las simpatías que el bello talento literario y las cualidades personales del Sr. Campoamor me inspiran, me tomaré la libertad de dirigirle mi pobre voz para suplicarle que no empequeñezca ese talento empleándolo en acrobáticos ejercicios, *que estudie y medite algo más*, antes de abordar la resolución de las *cuestiones sociales*, y no olvide que la ligereza de los juicios y el culto de las formas y dichos agudos é injuriosos, sustituido al culto de la verdad, es lo que hizo á

Platon condenar tan severamente á los *poetas*, y aconsejar que, coronados de ciutas y flores, y bañado el cabello de olorosos perfumes, se les condujera, como hombres divinos, pero inútiles ó perjudiciales, á las fronteras de la república.»

Lo mismo aconsejo yo al Sr. Rodriguez, de quien quiero quedar amigo de todo corazón. Las condiciones de su inteligencia merecen otra ocupacion más noble que la de entregar á la meditacion de los hombres el axioma sublime de que en Piloña una almendra vale más que dos castañas, y que en Jijona una castaña vale mucho más que dos almendras.—Y cosas por este estilo.

Y no es, como inexactamente supone el Sr. Castelar, que porque yo combato la economía política como cuerpo de doctrina, sea enemigo de la *libertad de comercio*. Yo que soy partidario de la libertad de las personas, que no siempre hacen el bien, ¿puedo dejar de serlo de la libertad de las cosas, que las pobres casi nunca hacen el mal? En la materia, lo mismo que en el espíritu, opino que á las cosas, lo mismo que á las personas, se las deje gobernarse por sí mismas, porque todo lleva en sí la razon de su ser y su deber. Yo, al establecer una *limitacion* á toda *libertad*, no he hecho más que considerar, así en el órden físico como en el órden moral, la regla por la cual el partido moderado, autorizando la *libertad*, prohíbe la *licencia*. A seres *relativos*, no se les puede conceder derechos *absolutos*. La doctrina moderada, que no es otra cosa más que la expresion científica de la naturaleza de las personas y las cosas, ni en estas ni en aquellas funda reglas de conducta *universales*. Lo mejor que para el partido moderado tienen los sistemas prohibitivo y libre-cambista *absolutos*, es que son *imposibles*. El partido moderado adopta uno ú otro sistema, no cuando *quiere* sino cuando *debe*. Lo mismo que la Inglaterra, que siendo hoy el país del *bello ideal* del libre-cambio, mientras le ha convenido ha sido la tierra *clásica*

de las prohibiciones. Los socialistas, llevando la anarquía á las cosas, convertirían de buen grado á los pueblos pobres en otros tantos puertos de *arrebata capas*, en tanto que los *rico-avarientos* de la prohibicion, no nos darian de comer y de vestir más que la *olla podrida* y la *chupa moratinesca*.

Los primeros suprimirian el espíritu, no dejándole ocuparse más que de economía política, ó sea del arte de pasarlo bien en la tierra; y los segundos se olvidarían del cuerpo, no estudiando más que teología ó sea la ciencia de ser feliz en el cielo.

La doctrina moderada, eterna como la verdad, seguirá proveyendo á las necesidades del espíritu y del mundo, con órden y medida, pues sabe que la sociedad nunca ha sido, ni podrá ser tampoco, ni un *garito* ni un *convento*.

VII.

DE QUÉ CIENCIAS HA TOMADO LA ECONOMÍA SUS PRINCIPIOS.

Créame el Sr. Rodriguez. El y sus amigos ganarán mucho, como dice el vulgo, no *tirándome de la lengua* en las cuestiones económicas. Yo no soy de la raza de los acusadores, ni aun científicamente hablando, y dejo que las ciencias se invadan unas á otras, seguro de que el porvenir acaba por restituir á cada una lo que le pertenece. Así es que la economía política, que desde mediados del siglo pasado no ha formado su patrimonio científico sino de lo que ha robado á las demás ciencias, está amagada de que aparezca un gran Justicia que, formando su pro-

ceso, restituya á cada dueño lo que es suyo, y mande á la galera la economía política, exponiendo á sus admiradores á la vergüenza de la posteridad. Muchas veces he caído en la tentación de subir al desvan de esa *Garza Ladra* de las ciencias, y despojarla de su repuesto de chucherías, devolviendo la cuestión de la propiedad y de la familia, al *derecho*; sus estadísticas, á la *historia*; las relaciones individuales, á la *moral*; la dirección de los intereses morales, á la *política*; la ejecución de los servicios públicos, á la *administración*; el lenguaje, á la *filosofía*; y el problema fundamental, con todos los demás accesorios de *comprar barato y vender caro*, á los libros de caja de los mercaderes.

Pero, lo repito, como yo no pertenezco á la raza de los delatores, no acusaré á la economía política de esas apropiaciones sin conciencia, y la dejaré gozar en paz los títulos nobiliarios que ha usurpado, hasta que llegue ese gran Justicia que la hará decapitar el día de la gran liquidación.

Sólo dejaré consignado, para que el Sr. Rodriguez no vuelva á lucir su sabiduría á costa de mi *ignorancia*, y para que no nos vuelva á hablar con formalidad de esas nuevas *batuecas* llamadas *ciencias sociales*, que nadie sabe si existen, ni hacia donde caen; que los que han estudiado un poco de historia, de administración, de ética y de política, no ignoran nada de cuanto puede saberse de economía política; mientras que los que han estudiado sólo economía política, no saben ni historia, ni política, ni ética, ni administración, ni absolutamente nada. ¿Quién puede perder el tiempo en estudiar unas copias mal hechas, cuando existen unos originales bien escritos? ¿Cómo quiere el Sr. Rodriguez que yo me apasione de una ciencia nueva, sin tradición y sin padres conocidos, desentendiéndome de las ciencias madres, que ya tienen por base la sanción de la gloria, y por corona la admiración de la posteridad? ¿Cómo podría yo reconocer por legítimos los hijos

adoptivos de la economía política, de esa *avutarda* social, que empolla los huevos de otras madres, porque

de sus hijos la torpe avutarda
el pesado volar conocía?

¿Cómo quiere el Sr. Rodriguez que yo pueda mirar sin *desprecio* una doctrina social cuyo catecismo económico, redactado por un norte-americano, se puede reducir á estas cinco preguntas y respuestas?

¿Qué es la vida?

Un tiempo fijado para ganar dinero.

¿Qué es dinero?

El objeto de la vida.

¿Y el hombre?

Una máquina de ganar dinero.

¿Y la mujer?

Una máquina de gastar dinero.

¿Y los hijos?

Una semilla que produce máquinas para ganar ó gastar dinero.

VIII.

ECONOMISTAS Y POETAS.

Protesto que en nada de cuanto digo puedo aludir al Sr. Rodriguez, cuya inteligencia respeto y cuyo corazón me encanta; pero, por regla general, yo no extraño que algunos economistas me critiquen por mis opiniones, porque desconozco el mérito de un oficio que es un *excelente*

modo de vivir; y aún no me sorprendería que alguno de esos que me niegan la competencia en esta clase de *menesteres*, porque he escrito *doloras*, llevase su entusiasmo hasta el punto que lo llevó aquel cocinero, que se atravesó con un asador porque no gustó á su dueño un guisado que habia confeccionado, ó porque no le llegó á tiempo no sé qué pescado para no sé qué plato que pensaba confeccionar. Los señores *marmitones* de la casa del estado me lo perdonarán, pero por más que traten de ensuciarme con el tizne de todos sus chismes de cocina, no conseguirán más que ennegrecerme momentáneamente, porque me lavaré enseguida; pero ellos nunca dejarán de ser los *negros* de las ciencias, y por más bien que aderecen sus compotas, siempre serán unos señores *marmitones*.

Termino rogando al Sr. Rodriguez que dedique su indisputable talento á cosas más altas que á ese *pus numérico* llamado la *economía política*. Esa supuesta ciencia, esa administracion pública *al por menor*, ese manual de los *despenseros* del Estado, nunca será mas que un arte prosáico de comprar y vender, segun la necesidad, el tiempo y las circunstancias. Ejemplo:—«¿Cuál es el medio mejor de hacer dinero, ahorrar los ochavos, ó tirar las onzas?»—El Sr. Rodriguez me contestará—«eso depende de la necesidad, el tiempo y las circunstancias.»—Pues eso mismo digo yo. Toda esta supuesta ciencia se reduce á casos particulares, y segun una famosa regla escolástica—«los particulares no hacen ciencia.»

Quedamos, pues, en que la economía política nunca será ciencia, y en que todos los Estados donde esta *gramática* parda sea el principal libro de texto de los hombres públicos, se desterrará de ellos á todos los vates que hablen el lenguaje de los espíritus puros. Cuando dicen los economistas—«que un peon de albañil es más *útil* á la sociedad que un poeta,»—tienen razon. ¿Qué entienden ciertos pobres diablos del lenguaje de los dioses?—«Si bu-

biera *beneficio* en un viaje á los infiernos, decia un naviero holandés, allá me iria aunque quemase las velas de mi barco.»—Casi todos los economistas harian lo mismo. Los poetas al contrario, no irian la mayor parte al infierno por todo el oro del mundo, pero aunque saliesen chamuscados irian casi todos, como el Cristo de un poeta moderno, por *redimir* á cualquier objeto de su corazon ó de su inteligencia.